



Bulcourn, Pablo

Samuel P. Huntington, El choque de civilizaciones : y la reconfiguración del orden mundial, Barcelona, Paidós, 1997, 422 páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Bulcourn, P. (1997). Samuel P. Huntington, El choque de civilizaciones : y la reconfiguración del orden mundial, Barcelona, Paidós, 1997, 422 páginas. Revista de ciencias sociales, (6), 269-274. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1458>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Samuel P. Huntington,
El choque de civilizaciones.
Y la reconfiguración del orden
mundial.

Barcelona, Paidós, 1997.
 422 páginas.

En los últimos años ha transitado por los ámbitos tanto académicos como en los centros reales de poder la ilusoria y optimista idea de la culminación del ideario emancipatorio occidental, llegando la historia a un estadio de superación, de consagración. La implosión de la Unión Soviética y el desvanecimiento de su área de influencia puso final a la *Guerra Fría*, principal eje de estructuración de las relaciones internacionales con grandes influencias en la dinámica interna de las sociedades.

El eje de conflictualidad parecía haberse diluido, y los enfrentamientos político-ideológicos se derrumbaron junto al Muro de Berlín. ¿Se habrán acabado las guerras, los enfrentamientos entre los pueblos? ¿Reinará definitivamente una *Pax perpetua* siendo los Estados Unidos el garante de este *Nuevo Orden* sin historia, sin tiempo?

El estudio presentado por Samuel P. Huntington tiende a darnos una respuesta negativa, poniendo en tela de juicio las hipótesis optimistas sobre el reino universal y definitivo de la cultura occidental sobre el globo terrestre.

Para Huntington estamos viviendo una etapa diferente a nivel planetario, en la cual los conflictos ya no obedecen principalmente a cuestiones clásicas de enfrentamientos político-ideológicos sino al choque entre diferentes culturas. El autor sostiene: "El tema central de este libro es el hecho de que la cultura y las identidades culturales, que en su nivel más amplio son identidades civilizacionales, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fría" (p. 204).

Esto produce un nuevo tipo de configuración en los ejes del equilibrio del poder mundial, los cuales tienden a orientarse en función de estas nuevas pautas, las cuales, paradójicamente, están arraigadas en lo más profundo de la historia de los pueblos. La política mundial se ha vuelto multipolar y multicivilizacional; que si bien pareciera poseer una preponderancia de los Estados Unidos, esto sólo puede aceptarse, en forma dudosa, desde el ángulo militar. Lo cierto que para Huntington la modernización económica y social que occidente ha expandido como bandera no está produciendo significativamente ni una civilización universal ni una verdadera occidentalización de las otras civilizaciones existentes en el globo.

Dentro de este esquema

Occidente ha estado perdiendo parte de su preponderancia frente a las civilizaciones asiáticas, las cuales han aumentado su fuerza tanto política, militar y económica. Huntington afirma: "El desarrollo económico del este de Asia ha sido uno de los hechos más importantes que ha tenido lugar en el mundo en la segunda mitad del siglo XX. Este proceso comenzó en Japón en los años cincuenta, y durante algún tiempo se pensó que esa nación era la gran excepción: un país no occidental que se había modernizado con éxito y se había convertido en económicamente desarrollado. Sin embargo, el proceso de desarrollo económico se extendió a los "cuatro tigres" (Hong Kong, Taiwán, Corea del Sur, Singapur) y después a China, Malasia, Tailandia e Indonesia, y está prendiendo en Filipinas, la India y Vietnam. En muchos casos, estos países han mantenido durante una década al menos tasas medias de crecimiento anual de entre el 8 y el 10 %, o más. Una expansión igualmente espectacular del comercio ha tenido lugar, primero entre Asia y el resto del mundo, y después dentro de Asia. Esta productividad económica asiática contrasta de forma palpable con el modesto crecimiento de las economías europea y estadounidense y con el estancamiento que se ha extendido por gran parte del resto del mundo" (p. 122).

Por otro lado acudimos a un

fuerte resurgimiento del Islam. Los países musulmanes han aceptado definitivamente muchos aspectos occidentales como la modernización e industrialización en materia económica, pero han rechazado rotundamente la cultura occidental. La religión es el principal aglutinante de la vida social, inundando todas las esferas humanas. La política, el arte, el orden social se basan en los principios religiosos y sociales del Islam.

En el campo de las relaciones internacionales la cooperación entre los estados tiende a basarse en las afinidades culturales, tendientes a un cierto agrupamiento liderado por estados dirigentes dentro de los diferentes mapas civilizatorios. En contrapartida los enfrentamientos y conflictos tienden a configurarse en base a las diferencias culturales, produciendo un efecto no sólo entre unidades estatales sino un enfrentamiento entre civilizaciones. Esto genera un clima de fractura a nivel de contiendas bélicas, ya que se genera la solidaridad de los países afines, dando posibilidad de escaladas militares mucho mayores a las previstas dentro de un clima de gran incertidumbre.

El concepto de civilización nos permite establecer las diferencias culturales, étnicas, religiosas en un sentido amplio y no reductible. Como señala Huntington: "La historia humana es la historia de

las civilizaciones. Es imposible pensar la evolución de la humanidad de otra forma. Su trama se extiende a través de sucesivas generaciones de civilizaciones, desde las antiguas sumeria y egipcia a la clásica y mesoamericana, a la occidental e islámica, y a través de las manifestaciones sucesivas de las civilizaciones china e hindú. A lo largo de la historia, las civilizaciones han proporcionado a la gente sus identificaciones más amplias. Como consecuencia de ello, las causas, nacimiento, crecimiento, interacciones, logros, decadencia y caída de las civilizaciones han sido examinadas detenidamente por distinguidos historiadores, sociólogos y antropólogos [...]” (p. 45).

Al hablar de civilización y de cultura estamos haciendo hincapié en los valores, normas, prácticas sociales, instituciones y formas de pensamiento de una sociedad a las cuales se les ha asignado un carácter fundamental en la dinámica y conformación de un pueblo a lo largo de su historia. Uno de los aspectos más importantes en la constitución de las identidades civilizatorias ha sido la religión.

La diferencia entre cultura y civilización radica en que una civilización es una cultura con mayúsculas. Como señala Huntington: “En tercer lugar, las civilizaciones son globales, esto es, ninguna de las unidades que las

constituyen puede ser entendida plenamente sin hacer referencia a la civilización que las abarca. Las civilizaciones, decía Toynbee engloban sin ser englobadas por otras” (p. 47). Podríamos afirmar que el concepto de civilización posee un carácter clasificatorio y macro-inclusivo de los factores culturales preponderantes y aglutinantes de las sociedades a lo largo de su historia.

Con ciertos “reduccionismos” aceptados por el propio Huntington podríamos establecer un mapa de las grandes civilizaciones actuales las cuales serían las siguientes: 1) Occidental, 2) Latinoamericana, 3) Africana, 4) Islámica, 5) Sínica, 6) Hindú, 7) Ortodoxa, 8) Budista y 9) Japonesa.

El enfoque basado en el paradigma civilizatorio sostiene que: “- Las fuerzas de integración presentes en el mundo son reales y son precisamente las que están generando fuerzas opuestas de afirmación cultural y conciencia civilizatoria. [...] - El mundo es en cierto modo dos, pero la distinción principal es la que se hace entre Occidente como civilización dominante hasta ahora y todas las demás, que, sin embargo, tienen poco en común entre ellas, por no decir nada. El mundo, dicho brevemente, se divide en un mundo occidental y muchos no occidentales. [...] - Los Estados eran y seguirán siendo los actores más importantes en los asuntos

mundiales, pero sus intereses, asociaciones y conflictos que plantean mayores peligros para la estabilidad son los que surgen entre Estados o grupos procedentes de civilizaciones diferentes" (p. 39).

La obra de Huntington constituye un llamado tanto a la aceptación de la disparidad civilizatoria existente hoy en día como una advertencia al mundo Occidental, el cual no ha logrado, según su análisis, constituirse en una civilización universal. El autor, militante partidario de los valores occidentales sostiene: "Occidente difiere obviamente de todas las demás civilizaciones que han existido, por cuanto ha dejado una huella profunda en todas las demás civilizaciones que han existido desde el año 1500.

Además, inició los procesos de modernización e industrialización que se han convertido en universales, y, como consecuencia de ello, sociedades de todas las demás civilizaciones han estado intentando alcanzar a Occidente en opulencia y modernidad. Sin embargo, ¿significan estas características de Occidente que su *evolución y dinámica como civilización* son fundamentalmente diferentes de las leyes que han prevalecido en todas las demás civilizaciones? La evidencia de la historia y los juicios de los investigadores de la historia comparada de las civilizaciones indican lo contrario" (pp. 361-362).

Para Huntington la civilización occidental se encuentra en un proceso de decadencia, en la cual, tanto el cuestionamiento de sus valores rectores, como una lectura inapropiada y triunfalista de las diferencias civilizatorias actuales atentan contra la propia naturaleza de Occidente; señalando: "La cuestión fundamental para Occidente es si, dejando totalmente a un lado las amenazas exteriores, es capaz de detener e invertir los procesos internos de decadencia. ¿Puede Occidente renovarse, o la continua degeneración interna simplemente acelerará su final o su subordinación a otras civilizaciones económica y demográficamente más dinámicas?" (pp. 363-364).

Huntington manifiesta un rotundo rechazo a los cuestionamientos sobre los valores que identifican a la civilización occidental, los cuales provienen del propio seno de la cultura criticada, sosteniendo: "La cultura occidental está cuestionada por grupos situados dentro de las sociedades occidentales. Uno de esos cuestionamientos procede de los *inmigrantes de otras civilizaciones* que rechazan la integración y siguen adhiriéndose y propagando los valores, costumbres y culturas de sus sociedades de origen" (p. 365).

Quizás éste sea uno de los puntos axiológicamente más cuestionables del planteo de

Huntington, el cual rechaza todo tipo de asimilación a Occidente que no subordine identidades distintas al ideario occidental. La unidad de valores, creencias y costumbres encarnados en las prácticas sociales cotidianas es el pilar sobre el que se basa toda civilización, el cual está siendo socavado principalmente en el país que, según la óptica huntingtoniana está llamado a ser el *guardián* occidental: "En los Estados Unidos existía un peligro más inmediato y grave. Históricamente, la identidad nacional estadounidense se ha definido culturalmente por la herencia de la civilización occidental y políticamente por los principios del credo norteamericano en el que coinciden abrumadoramente los estadounidenses: libertad, democracia, individualismo, igualdad ante la ley, constitucionalismo, propiedad privada. A finales el siglo xx, ambos componentes de la identidad norteamericana se vieron sometidos a un violento ataque, concentrado y continuo, por parte de un número pequeño pero influyente de intelectuales y publicistas. En nombre del multiculturalismo, atacaban la identificación de los Estado Unidos con la civilización occidental, negaban la existencia de una cultura estadounidense común y promovían identidades y agrupamientos raciales, étnicos y

otros de tipo cultural subnacional. [...] La tendencia multicultural se manifestó también en una variada legislación que siguió a las leyes de derechos civiles de los años sesenta, y en los años noventa el gobierno de Clinton hizo del estímulo de la diversidad uno de sus objetivos principales" (p. 366).

La idea de unidad de la cultura norteamericana es substantivamente fuerte y extremista en el pensamiento de Huntington, todo cuestionamiento es visualizado como un ataque a Occidente. Es interesante su rechazo a la aceptación de las *diferencias*, elemento central, hoy en día, en la discusión sobre teoría de la democracia. Su idea de individuo libre y racional, encarnado en el tipo norteamericano, no tiene lugar para el relativismo interno; afirmando: "Los multiculturalistas también cuestionaban un elemento fundamental del credo estadounidense, al sustituir los derechos de los individuos por los derechos de los grupos, definidos ampliamente desde el punto de vista de la raza, la etnia, el sexo y la preferencia sexual" (p. 367).

En un mundo inestable y en continua reconfiguración, multipolar y multicivilizacional, la supervivencia de Occidente conlleva a dejar de lado los deseos universalistas, señalando Huntington: "En tercer lugar, la diversidad cultural y civilizatoria cuestiona la creencia occidental, y

particularmente estadounidense, en la validez universal de la cultura occidental. Esta creencia se expresa tanto descriptiva como normativamente. Descriptivamente, sostiene que los pueblos de todas las sociedades quieren adoptar los valores, instituciones y prácticas occidentales. Si parecen no tener ese deseo y estar adheridos a sus propias culturas tradicionales, son víctimas de una 'conciencia errónea' comparable a la que los marxistas encontraban entre los proletarios que apoyaban el capitalismo. Normativamente, la creencia universalista occidental postula que la gente de todo el mundo debe abrazar los valores, instituciones y cultura occidentales porque representan el pensamiento más elevado, más ilustrado, más liberal, más moderno y más civilizado del género humano. [...] En el mundo que está surgiendo, de conflicto étnico y choque entre civilizaciones, la creencia de Occidente en la universalidad de su cultura adolece de tres males: es falsa; es inmoral; y es peligrosa" (pp. 371-372).

Para Huntington la aceptación de las diferencias civilizatorias a escala mundial contrasta con la necesidad de mantener la unidad

de creencias dentro de Occidente, afirmando categóricamente: "Algunos estadounidenses han promovido el multiculturalismo dentro de su país; otros han promovido el universalismo fuera de él; y los hay que han hecho las dos cosas. El multiculturalismo dentro del país amenaza a los Estados Unidos y a Occidente; el universalismo fuera de él amenaza a Occidente y al mundo. Ambos niegan la unicidad de la cultura occidental. [...] Un mundo multicultural es inevitable porque un imperio planetario es imposible. La preservación de los Estados Unidos y de Occidente requiere la renovación de la identidad occidental. La seguridad del mundo requiere la aceptación de la multiculturalidad a escala planetaria" (p. 381).

De esta forma Huntington nos plantea un futuro incierto, tanto en el campo de las relaciones internacionales, configuradas en el continuo choque entre civilizaciones, como en la supervivencia de la cultura occidental. Sin lugar a dudas lo que no ha finalizado es la intrincada e inconmensurable historia del hombre.

Pablo Bulcournf